

# ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

## Klossowski traza un círculo

Recientemente se ha celebrado en Cerisy-la-Salle un coloquio, organizado por *Tel Quel*, sobre el tema «Nietzsche, hoy»; todos los grandes exegetas actuales del pensamiento nietzscheano se han reunido en él, no sólo los Deleuze, Klossowski, Bernard Pautrat, J.F. Lyotard, Jacques Derrida, Sarah Kofman, sino también venerables representantes de un replanteamiento del pensamiento de Nietzsche, que data ya de casi medio siglo, como Eugen Fink o Karl Löwith, veterania que hace sonar justamente ridículos los alegatos censores de una «moda Nietzsche». Uno de los temas debatidos en Cerisy fue el de «quién es y cómo puede serse neoneietzscheano»; la respuesta, inevitable, fue: los neoneietzscheanos no tienen carnet; es preciso —como señaló Deleuze— evitar las reverencias a la momia de Nietzsche, librarle del archivamiento académico de la exégesis, no vaya a servir de coartada para que los incapaces de creación se escuden tras lo verbalmente creador o los negados a la espontaneidad encuentren un mecanicismo —fuerza, vida, Zarathustra, Eterno retorno, etcétera...— que acune su esterilidad mimética. No hay, pues, «neoneietzscheanos», entre comillas y como objetivación de escuela, pues Nietzsche muere entre los neoneietzscheanos con la misma certeza con que el marxismo muere en los Estados socialistas (?) o el psicoanálisis en la Institución Internacional Psicoanalítica. No viene mal señalar esta aparente trivialidad, pues ya en España aparecen brotes de esta pasión taxonómica: ayer fueron los débiles mentales, que disculpaban su inutilidad para el pensamiento con cierta inclinación por la combinatoria o el dogmatismo, quienes hablaban de «filosofía lúdica» y reprochaban a quien no se aburría con ellos el preferir jugar al parchis a la tarea revolucionaria; hoy son los que, como ese diario madrileño o esa revista catalana, enumeran la lista de «neoneietzscheanos y contraculturales» de esta guisa: «Trías, Bueno (¡sic!), Sacristán (¡resic!), García Calvo (¡jele!), Savater...» y de-

jan a Zubiri, Marias y Manolo Escobar para el próximo número. Lo malo de estas confusiones es que casi nunca son tan desinteresadas como pudiera parecer.

Pierre Klossowski es el autor indicado para disipar estos equívocos, que tienen más de bellaco que de idiota. La obra de este gran escritor es una de las más reservadas y lúcidas de su época; publicó su «Sade, mi prójimo» en 1947, cuando no había más *neo-sádico* que Bataille, Heine y Lély aparte; sus novelas —«Las leyes de la hospitalidad», «El Baphomet», «El baño de Diana»—, editadas en tiradas limitadísimas hasta hace poco, han sido saludadas por los críticos más inteligentes, como Maurice Blanchot, con entusiasmo; la sombra lúbrica y bifronte de Roberte marca con su huella recurrente la traza más clara del pensamiento francés —tanto a decir europeo-contemporáneo; el *esquizoandlisis*, iniciado por Deleuze y Guattari, que quizá señale un nuevo rumbo a la teoría psicoanalítica, se reclama expresamente de él; en el coloquio de Cerisy, su voz era la escuchada y contestada — con más pasión.

Digo que Klossowski puede disipar el malentendido «neoneietzscheano», porque su libro (1) no es, en cierto sentido, nietzscheano en modo alguno; es un libro a partir de Nietzsche, no sobre Nietzsche; no realiza una exégesis, sino una extrapolación o, para decirlo con términos más suyos, es un *experimento*, un delirio. Klossowski ha encontrado en Nietzsche la posibilidad de realizar en el campo filosófico lo que los surrealistas llevaron a cabo en el artístico; introducir lo inconsciente, lo soñado, lo reprimido en el texto sapiencial; subvertir el discurso mismo, mostrando que es correlativo ineluctable de la muerte de Dios la del yo responsable; subrayar cómo toda la cultura vigente se ha edificado sobre la marginación de un elemento indigerible, tanto para los espiritualismos bienpensantes como para el supuesto materialismo que los ataca; *el cuerpo*. Este es precisamente el sentido de los sedicentes «neoneietzscheanismos» más o

(1) Pierre Klossowski: «Nietzsche y el círculo vicioso». Editorial Seix y Barral, 1972.

menos vigentes; Nietzsche presta un lenguaje satisfactoriamente *perverso* a estos empeños liberadores, lenguaje que ha resistido bien la capacidad digestiva de la academia y que al progresismo beocio le huele lo suficientemente a azufre —a fascismo, a antisocialismo o, mejor, anti-igualitarismo— como para seguir siendo interesante. Nietzsche, en cualquier caso, no es pista de aterrizaje, sino punto de partida; es una bayoneta sobre la que no se puede uno sentar.

En «Nietzsche y el círculo vicioso», el eterno retorno y la idea de experimentación (como complot de superhombres) son temas radicalmente *pensados*. Este libro no es sólo una excelente interpretación de Nietzsche —«biografía» se pretende—, sino uno de los más grandes libros de filosofía de la posguerra europea. Lástima que su difícil estilo haya hecho incurrir a los traductores españoles en algunos errores de bulto. En cualquier caso, si algún crédito merezco a mis lectores, me atrevo a recomendar cálidamente este libro hermoso, profundo y destructor. ■ FERNANDO SAVATER.

## Vivanco: biografía de Moratín

Si la biografía no resulta casi nunca fácil, una biografía de Leandro Fernández de Moratín, el maestro renovador de «El sí de las niñas», parece, en principio, empeño más que difícil. Moratín, hijo, es una de las figuras más sugestivas de la Ilustración española y, al mismo tiempo, menos susceptible de manejo convencional. Es así, ante todo, por la incómoda cronología (1760-1828) que coloca su laboriosa vida a caballo entre las postrimerias del movimiento *ilustrado* y las primeras ráfagas del romanticismo. Lo es también por sus íntimas contradicciones, por la complejidad viva de su carácter y tal vez por la desconcertante irregularidad de su talento literario.

Al poeta Luis Felipe Vivanco no le han resultado excesivas tantas dificultades para intentar su original y sugestiva biografía de nuestro dramaturgo. Muy a tono con el color hu-

mano y sentimental del personaje, Vivanco ha tramado un libro desigual, variado, culto y de muy buena fachada literaria, preocupado constantemente por engazar la figura biografiada en un marco preciso de referencias históricas y críticas, cosa que desde luego consigue, aunque su visión de la época y, especialmen-

fundo de las creencias, el más contradictorio y verdadero, *ilustrado* con vislumbres y veleidades *románticas*, español y cosmopolita, exiliado irreducible, sabio e ingenuo, en ese escalón incómodo que es el momento final de la Ilustración y al que pertenecen, según Vivanco, Novalis y Blake, Goya y Moratín: la Ilustra-



Leandro Fernández de Moratín

te, su juicio de la Ilustración española y europea en general, terminen dando cierta sensación de ligereza crítica.

En realidad, el trabajo de Vivanco, más que un esfuerzo cerrado por hacerse con la personalidad de Moratín, consiste en un acercamiento *literario*, ligero de contenido y de maneras, que a saltos y con rodeos estupendos va desvelando aspectos aislados del hombre y la obra. Comentarios críticos, datos biográficos, panoramas de conjunto y algún que otro recuelo de erudición forman una curiosa miscelánea que, sin embargo, resuelve, a veces muy hondamente, aspectos desconocidos o sólo entrevistos del universo moratíniano.

Por este procedimiento, Vivanco descubre sucesivamente al Moratín lírico fracasado, al prosista admirable y viajero, gran escanciador de esencias españolas, al maestro dramaturgo que da la señal de renovación en una escena española al borde del colapso y, finalmente, al Moratín pro-

ción *mágica*. Creo que las mejores páginas del poeta Vivanco son las dedicadas al lírico Moratín, a propósito del cual traza un cuadro de conjunto de la poesía dieciochesca, verdaderamente irreprochable, a un que quizá demasiado tributario del que pusiera el insigne Cueto en la Biblioteca Rivadeneira al frente de su antología poética del XVIII. El fracaso lírico de Moratín es atenuado por Vivanco, con razón, al proyectarlo sobre el fondo mediocre de los poetas contemporáneos, cultivadores sin excepción de lo que él llama con acierto «prosaísmo enfático» del momento. Igualmente valiosa es la aproximación al Moratín prosista que Vivanco reivindica sobre un fondo brillante y, desde luego, peregrino, de reflexiones sobre el género y la época. En cambio, el capítulo dedicado a la vocación teatral de Moratín, tal vez por más conocido, resulta algo apresurado y superficial, así como sujeto a un comparativismo —W. Meister, Shakespeare, etcétera— no demasiado escla-